



Pablo Alabarces
Pospopulares: las culturas populares después de la hibridación
Guadalajara, Jalisco
Universidad de Guadalajara-Centro María Sibylla Merian
de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades
y Ciencias Sociales (CALAS)
2020
189 páginas

PALABRAS CLAVE: CULTURA POPULAR – CULTURA DE MASAS –
SUBALTERNIDAD – DEMOCRACIA

KEYWORDS: POPULAR CULTURE – MASS CULTURE –
SUBALTERNITY – DEMOCRACY

Una reflexión ética y política sobre las culturas populares

Virginia P. Forace¹

De eso trata la investigación sobre la cultura popular: del valor de recuperar un significante, la perspicacia para descubrir sus pliegues y sus escondites, el arte de leerlo sin obturarlo ni sobreponer nuestra voz, la inteligencia para colocarlo nuevamente en nuestro debate –académico pero necesariamente político– y la astucia para defender su derecho a la voz. Sólo este juego puede suspender –pero siempre sometido a una atenta vigilancia– la función originalmente represiva de nuestros saberes, para recuperar la dimensión ética de nuestro trabajo intelectual.

Pablo Alabarces

En 1983, apenas un año antes del auge de los estudios sobre lo popular en Argentina, Pierre Bourdieu señalaba con gran agudeza ciertos obstáculos epistemológicos para pensar todo aquello relacionado con esa categoría:

¹ Doctora en Letras por la UNMDP; Posdoctora en Ciencias Sociales, Humanidades y Artes por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba. Docente en las cátedras de Taller de Otras Textualidades, Teoría y Crítica Literaria II y Metodología de la Investigación Científica de la UNMDP. Miembro del grupo de investigación Estudios de Teoría Literaria, del Centro de Letras Hispanoamericanas (CELEHIS) y del Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales (INHUS). Ha compilado junto a Rosalía Baltar, *Letrados, hombres de letras, intelectuales. Reflexiones en torno a la figura de autor. Siglos XIX y XX* (2016), y, junto a Facundo Giménez, *Discursos del entretenimiento I: letras menores del siglo XX-XXI* (2018). Contacto: virginiaforace@gmail.com

Las locuciones que contienen el mágico epíteto de “popular” quedan libres de examen por el hecho de que cualquier análisis crítico de una noción relacionada, en mayor o menor medida, con el “pueblo” se expone a ser considerado inmediatamente como una agresión simbólica contra la realidad designada y, por consiguiente, a ser fustigado por todos aquellos que consideran que es su deber tomar partido y defender la causa del “pueblo” (22).

Esta difundida y perniciosa confusión –que juzgaba ataque lo que no era más que análisis crítico y obturaba toda posibilidad de pregunta– sigue siendo uno de los problemas centrales para las disciplinas que buscan comprender los fenómenos sociales; intentar liberar el pensamiento del conocimiento doxático y de las categorías tradicionales parece ser visto con cierta aprensión, en especial cuando se ocupa de aspectos relacionados con el universo de lo popular.

Como contracara de esta desconfianza, se puede identificar otro inconveniente: quienes demuestran ecuanimidad académica –o superan el recelo público mencionado– y eligen estudiar las manifestaciones de la cultura popular (o de las *culturas populares*, para ser más precisos) habitualmente son interpelados por un arraigado prejuicio social: la desvalorización de tales estudios. Bajo este signo puede explicarse la desaparición a partir de 2004 de las investigaciones relacionadas con este campo de conocimiento en las agendas académicas, ya que, de la mano del impulso neoliberal, se consideró que cualquier preocupación por lo popular era “inútil”.

Un tercer aspecto dificulta el estudio de las culturas populares, a saber, ciertos acercamientos académicos que ocluyen la reflexión crítica sobre ellas. Esto se expresa en dos modalidades: por un lado, la ya señalada por Michel de Certeau en *La cultura en plural* (1974), es decir, el hecho de que los estudios sobre cultura popular están ligados al poder que los autoriza, aspecto que muchas veces se expresa en prácticas que las instituyen como objetos de saber y conocimiento, pero bajo el signo del desprecio, la reducción o la despolitización.

Por el otro, el predominio de ciertas categorías teóricas, como “culturas híbridas” (acuñada por García Canclini), que, al disputar la centralidad jerárquica de la cultura europea y lo culto, y postular la existencia de culturas de masas de alcance global, erosionan los límites de la cultura popular (Zubieta 2000). De esta forma, cuestionando la autonomía de esta zona de las producciones culturales, la atención se concentra principalmente en las industrias culturales y en ciertos mecanismos de resistencia y negociación de las comunidades nacionales respecto de ellas.

Entre este arraigado sistema de prejuicios y obstáculos epistemológicos, el libro de Pablo Alabarces, *Pospopulares: las culturas populares después de la hibridación* (2020),² se abre camino para volver a pensar la cultura popular y su relación con la

² Este ensayo forma parte de los estudios concebidos desde la investigación interdisciplinaria que se lleva a cabo en el Centro María Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS). El libro es de acceso abierto y puede descargarse desde el sitio de la editorial: <http://www.calas.lat/es/publicaciones/afrentar-las-crisis/pablo-alabarces-pospopulares-las-culturas-populares-despu%C3%A9s-de-la>

cultura de masas. El autor ya se había ocupado en otras oportunidades de la música, el fútbol, el cine y la televisión populares en Argentina,³ pero esta vez la indagación busca revisar las categorías teóricas y conceptuales utilizadas para su estudio, e introducir nuevas interpretaciones que permitan diseñar una agenda de trabajo futuro: “Las transformaciones de la cultura en estas cuatro décadas han sido tan brutales que la recuperación de la categoría no puede sino ser sometida a una discusión constante. Esa es la apuesta de este libro: repensarlo todo, volver a discutirlo todo.” (Alabarces: 19).

En la crítica argentina, este gesto podría afiliarse con el pionero libro dirigido por Ana María Zubieta, *Cultura popular y cultura de masas* (2000), en el cual se revisaban las tradiciones teóricas principales asociadas a estos fenómenos –Mijail Bajtin, Peter Burke, Antonio Gramsci, Geneviève Bollème, Carlo Ginzburg, Clifford Geertz, Roger Chartier, Pierre Bourdieu, Michel de Certeau, Ángel Rama, Jesús Martín-Barbero, García Canclini, entre otros–. Veinte años después, en vistas de la reorganización económica y política de la producción cultural, Alabarces señala que es hora de una nueva revisión; sin embargo, a diferencia de aquel estudio que explicaba el estado del campo de conocimiento, el autor decide un posicionamiento teórico particular desde el cual llevar a cabo esta tarea. En la estela gramsciana, afirma: primero, que los estudios sobre la cultura popular están unidos a dimensiones de poder, por lo tanto, implican problemas políticos (“nuestra posición como intelectuales” 23), epistemológicos (“la existencia o no del objeto, fuera de nuestras pretensiones cultas” 23) y metodológicos (“cómo conocer aquello que aparece como inaccesible por fuera de la mediación letrada” 23); segundo, que la cultura popular corresponde a la cultura de las clases subalternas, las cuales que no son obturadas por la cultura de masas porque las condiciones de dominación no han desaparecido.

A la luz de esas delimitaciones, el volumen propone que las culturas populares desdibujadas en la década neoliberal “reaparecen en el nuevo siglo, investidas con nuevos ropajes e incluyendo prácticas novedosas y textos inestables y móviles” (25). Asimismo, asevera “que las culturas populares (...) siempre señalaron, y continúan haciéndolo, la dimensión en la que se negocia, discute y lucha la posibilidad de una cultura democrática –y por extensión, la posibilidad de una sociedad plena y radicalmente democrática” (25).

Estas hipótesis de trabajo son las que guían tanto la revisión de las propuestas de algunos de los teóricos mencionados, como el análisis de casos. Así, el capítulo

³ Véanse *Historia mínima del fútbol en América Latina* (2018), *Héroes, machos y patriotas. El fútbol entre la violencia y los medios* (2014); *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política* (2012); *Peronistas, populistas y plebeyos. Crónica de cultura y política* (2011); 6 7 8. *La creación de otra realidad* (junto a María Julia Olivan, 2010); *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina, Cuarta edición corregida y aumentada* (2008); *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular* (María Graciela Rodríguez, 2008); *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política* (2004); *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina* (2003); *Fútbol y Patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina* (2002); *Peligro de gol* (2000); *Deporte y Sociedad* (1998); *Cuestión de pelotas. Fútbol, deporte, sociedad, cultura* (junto a María Graciela Rodríguez, 1996); *Entre Gatos y Violadores. El rock nacional en la cultura argentina* (1993); *Revolución, mi amor. El rock nacional 1965-1976* (1988).

uno, “Entre el baile y la insurrección: populares y letrados”, trabaja, por un lado, la atención paradójica que diversos intelectuales han tenido con respecto a la cultura popular: Julio Cortázar como un letrado con relación ilusoria (desprecio y fascinación) con el populismo peronista; la interpretación realizada por algunos representantes de los Estudios Subalternos respecto de la relación entre lo culto-letrado y lo popular-oral en la gauchesca rioplatense; la representación negativa de las masas populares en los siglos XIX y XX, y la relación cercana en Latinoamérica de la cultura de masas con el mundo de las clases populares. Por el otro, explora estos procesos a partir de dos estudios de caso: la utilización en Brasil de símbolos populares –el carnaval, la samba y el fútbol– para producir un relato nacional integrador (construido y administrado desde un lugar de poder); y los mecanismos de apropiación, transformación y distribución realizados por María Elena Walsh y Leda Valladares de canciones populares latinoamericanas (el *pliegue folklorizante* de lo popular y su pasaje a la cultura de masas).

El capítulo dos, “Híbridos, (neo)populistas y plebeyos: de Sandro a Leo Dan, con escala en Juanga”, recupera la preocupación dominante en los años de la reconstrucción democrática después de las dictaduras por lo popular y su cultura, y revisa los estudios que, basados en un análisis de la recepción, los consideraron como un espacio plausible de apropiación, resignificación, negociación y resistencia respecto de las producciones hegemónicas de la cultura de masas (Aníbal Ford, Jorge Rivera y Eduardo Romano; Jesús Martín-Barbero; Néstor García Canclini; Marilena Chauí; Beatriz Sarlo; Renato Ortiz). Asimismo, estudia las clausuras que sufrió la categoría de culturas populares y la *plebeyización* de la cultura en la década del noventa, es decir, “el proceso por el cual bienes, prácticas, costumbres y objetos tradicionalmente marcados por su pertenencia, origen o uso por parte de las clases populares, pasaron a ser apropiados, compartidos y usados por las clases medias y altas” (86). Esta tendencia, que puede suponer tanto una pulsión democratizadora, como encubrir una operación conservadora, conllevó una aceptación y revalorización por parte de un sector “legítimo” del campo artístico de algunos consumos culturales considerados por mucho tiempo estéticamente imperfectos e ideológicamente alienantes, como, por ejemplo, los de los cantautores Mercedes Sosa, Sandro, Leo Dan, Leonardo Favio, Juan Gabriel; y los del fútbol y la cumbia villera.

“Ladrones, ventrílocuos y subalternos”, tercer capítulo del volumen, indaga sobre la posibilidad de enunciación de las clases subalternas, con revisiones y críticas a las propuestas de Walter Mignolo, Ileana Rodríguez, John Beverley y Alberto Moreiras. En función de esto, sostiene que los *biopics*, esas biografías noveladas de ídolos populares y personajes “infames”, no presentan verdaderamente el discurso subalterno, sino que son enunciados por los letrados y la cultura de masas, los cuales aparecen como los únicos usuarios legítimos del derecho a la palabra. De esta forma, analiza en *El Ángel* (2018) de Luis Ortega, *Apache. La vida de Carlos Tévez* de Israel Adrián Caetano, y *Puerta 7* de Patricio Vega, ciertas operaciones de ventriloquía y tutela enunciativa:

La cultura de masas es una máquina de representación, expansiva y omnívora, que no se preocupa en degradar “lo culto” (la falsa ilusión legitimista de los primeros estudios sobre la cultura de masas) sino que se dedica a capturar todo lo representable. Y también captura lo que no era representable: simplemente, lo vuelve representable. Como el sexo o el crimen. Lo adecuenta, lo estereotipa, lo lima y le quita cualquier rastro de conflicto –o pretende resolverlo. Por supuesto, transforma sus gramáticas a medida que lo cree necesario: si un clima de época exige la incorporación de la diversidad sexual, no tiene problemas en hacerlo –siempre negociando sus límites y sus riesgos–. La cultura de masas es, en suma, una máquina productora de relatos que escamotean la violencia que la constituye, porque esconde ese mecanismo de apropiación y captura: exhibe su enunciación blanca y masculina, pero la presenta como la única posible –y oculta celosamente la violencia sobre la que se construyó esa dominación– (114).

A la par de esto, propone estudiar las operaciones de representación del populismo con el análisis de una serie de políticas públicas planteadas en Argentina a partir de los años 2000, las cuales responderían, en palabras de Alabarces, al desarrollo de un “populismo cultural”, es decir, una tendencia que suprime el análisis de las relaciones de poder, “proponiendo autonomía donde hay heteronomía” (132).

El último capítulo, “Culturas pospopulares o el retorno de lo popular”, presenta un cierre de la revisión y algunas líneas de trabajo a desarrollar (las que llama “proposiciones, nuevas y viejas”). De esta forma, reseña cómo se dejó de nombrar lo popular –al pueblo, al proletariado, a la clase obrera– como consecuencia de operaciones neoliberales que desplazaron el centro de atención hacia “los pobres” (como un conjunto homogéneo separado de la reflexión sobre popular). Asimismo, frente al reemplazo de la categoría por algunas novedades teóricas, Alabarces afirma que lo popular aún describe procesos sociales, políticos y culturales de relevancia; por lo tanto, la pregunta central de las investigaciones tiene que ser qué relación tienen las culturas populares con la cultura democrática y, como consecuencia, con la sociedad democrática:

La pregunta por lo democrático, que estuvo en el origen de nuestras preocupaciones, sigue estando sin respuesta. Una mayor “tolerancia” hacia las prácticas populares, más como producto de la plebeyización que por una distribución igualitaria y no jerárquica de los bienes, lenguajes y espacios culturales, no significa una cultura democrática. La corrección política o las buenas intenciones no son avances en esa dirección; las posibilidades que brindan las tecnologías digitales siguen muy limitadas por el acceso y la economía (140).

En vista de esto, cierra su volumen con el análisis de algunas categorías que deben revisarse para evitar en las investigaciones la tentación homogeneizadora –propia de la representación de la cultura de masas– y la sustancialista –propia del estereotipo populista–: la recuperación de la clase social en relación con la subalternidad; el abandono de “agencia”, “resistencia” y “empoderamiento” como formas reduccionistas de organizar la experiencia subalterna (ya que no consideran

la aquiescencia, ni la negociación ni el olvido momentáneo de la dominación); y la introducción de la esfera pública plebeya en el análisis.

Para terminar, el libro de Alabarces diseña un meditado recorrido por las formas de conceptualizar las culturas populares y la cultura masiva en los últimos cuarenta años; es indudable que la revisión crítica de conceptos y tradiciones teóricas aporta un caudal inestimable para este campo de conocimiento. No es este, sin embargo, el único logro del volumen. Considero que el compromiso ético-profesional que fomenta –la vigilancia epistemológica y el descentramiento del investigador (entre su mundo social, cultural e ideológico y el de las clases populares), y la revisión del papel que juegan los intelectuales en el reparto y sostenimiento de las estratificaciones y jerarquías culturales– y la apuesta política que presenta el crítico –al reflexionar claramente sobre la dimensión política de la relación entre las culturas populares, las comunicaciones de masas y las sociedades democráticas– son los puntos que deben releerse con mayor atención, especialmente en el contexto actual en el cual las diferentes formas de populismos y neoliberalismo luchan por el control simbólico de estas zonas de las producciones culturales.

Referencias bibliográficas

Bourdieu, Pierre (2014). “¿Dijo usted «popular»?”. En *¿Qué es el pueblo?* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Eterna Cadencia, 21-46.

De Certeau, Michel de (1999). *La Cultura en plural*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Zubieta, Ana María (Dir.). (2000). *Cultura popular y cultura de masas: Conceptos, recorridos y polémicas* (1a. ed). Buenos Aires: Paidós.